

Familias migrantes: Paternidad y filiación. ¿Migrar es un destino?



LISETTE WEISSMANN¹

DOI: 10.36496/N140.A7

LISETTE WEISSMANN – ORCID: 0000 – 0001 – 5624 – 5558

RECIBIDO: ABRIL 2025 | ACEPTADO: MAYO 2025

RESUMEN

Este artículo describe el proceso migratorio en su vertiente intrapsíquica, intersubjetiva y sociocultural. El lugar del extranjero es por excelencia aquel que todo migrante tiene que aceptar ocupar, configurando un lugar de diferencia, alteridad y negatividad radical. Citamos el *Unheimlich* freudiano para pensar ese lugar de extraño, amenazador y familiar al mismo tiempo. Toda migración precisa que los migrantes desarrollen una gran plasticidad psíquica porque tendrán que someterse a cambios constantes y así construir su propia interculturalidad.

La familia migrante desenvuelve ciertas características propias al atravesar el proceso de adecuación al país de acogida. Definimos el concepto de parentalidad y filiación, en una amplia relación recíproca. Constatamos, en la familia que migra, una inversión de lugares entre generaciones ocasionada por los cambios que

1 Miembro efectivo en el Instituto Sedes Sapientiae y en la Associação Brasileira de Psicanálise de Casal e Família. lisettewbr@gmail.com

toda migración impone a las personas que atraviesan ese proceso. Los hijos de las familias migrantes, al dominar el nuevo idioma antes que sus padres, los orientan en sus usos y costumbres, y eso crea grandes modificaciones en la familia.

DESCRIPTORES: MIGRACIÓN / ACULTURACIÓN / IDENTIDAD / DUELO / EXILIO / FAMILIA

SUMMARY

This article describes the migratory process in its intrapsychic, intersubjective and sociocultural aspects. The place of the stranger is par excellence that which every migrant has to accept to occupy, configuring a place of difference, otherness and radical negativity. We quote the Freudian *Unheimlich* to think of this place of stranger, being threatening and familiar at the same time. All migration requires migrants to develop a great psychic plasticity because they will have to undergo constant changes and thus build their own interculturality.

The migrant family develops certain characteristics of its own, as it goes through the process of adaptation to the host country. We define the concept of parenthood and filiation, in a broad reciprocal relationship. We note in the migrating family, a reversal of places between generations caused by the changes that all migration imposes on the people who go through this process. The children of migrant families, having mastered the new language before their parents, guide them in their habits and customs and this creates great changes in the family.

KEYWORDS: MIGRATION / ANOTHER CULTURE / IDENTITY / MOURNING / EXILE / FAMILY

Sólo es mío
el país que llevo en el alma.

Marc Chagall

Desde tiempos inmemoriales, el hombre ha migrado en busca de mejores alternativas de vida y transformación. Al consultar el diccionario *Aurélio*, la *migración* (Buarque Ferreira, 2008b) es definida como un «desplazamiento de un país a otro (referido a un pueblo o a un número de personas)». Y también como «viajes periódicos o irregulares que hacen ciertas especies de animales». Vemos cómo este pasaje imprime una característica migratoria, transitoria, de ruptura y crisis, tanto en los seres humanos como en los animales.

En la migración, la gran pérdida es la de las referencias contextuales y culturales que sostienen y apoyan a quienes forman parte de la sociedad. El migrante pierde estas guías e inicia una larga búsqueda entre la cultura, la lengua y los indicadores relevantes del lugar de origen y la novedad del nuevo soporte social que la migración le ofrece, sin que esto sea garantía de que el sujeto pueda estructurarse como persona intercultural inserta y atravesada por las diversas culturas que lo han marcado.

La psicóloga argentina Susana Seidmann (1990) define al migrante, en sentido estricto, como alguien que cambia su lugar habitual de residencia por un período de tiempo significativo, con la consecuente reconstrucción de su vida cotidiana; pero, en un sentido más amplio, son los sujetos quienes reciben la influencia de la migración. Esto hace que el migrante redefina hábitos y comportamientos en el nuevo país para hacerlos subjetivamente plausibles. Al cambiar de país, se pierden valores culturales que habrá que resignificar para que se correspondan con el nuevo país.

El geógrafo brasileño Milton Santos (2007) escribe sobre la migración y señala cómo esta «ataca al individuo, robándole parte de su ser, obligándolo a una nueva y dura adaptación en su nuevo lugar. Desterritorialización es a menudo otra palabra para alienación, extrañamiento, que son también desculturización» (p. 82). El autor alude al dolor de las rupturas y a la pérdida de la cultura como ancla y salvaguarda del conocimiento

de las formas de pensar, actuar e insertarse en la sociedad en un territorio determinado. Esto nos lleva a centrarnos en el dolor individual implicado, ya que cada individuo tendrá que hacer su propia adecuación y construir su forma de vivir en estos universos cruzados por semejanzas y diferencias, lo que muestra el tránsito que despliegan por el mundo. La pérdida y el duelo serán algunas de las fases de este viaje individual, y el psicoanálisis aborda estas operatorias psíquicas y vinculares. Podemos pensar que, tras reconocer y perder la propia cultura en la tierra natal, el sujeto consigue recrear una cultura que tenga sentido para él y para sus allegados, teniendo en cuenta la nueva realidad en la que vive.

El filósofo y psicólogo social brasileño Dante Moreira Leite (1954) destaca que la posibilidad de que el migrante participe de otra cultura implica que el sujeto logre adquirir las competencias necesarias para pertenecer al nuevo ambiente. Podemos ver cómo este tránsito representa un viaje de adecuación constante entre su propia cultura y la extranjera a la que migró. Esto supone un proceso psíquico de adaptación y creación de una cultura propia que recoge todo lo aprendido e incorporado, así como lo excluido y eliminado.

En su artículo «Metáforas do deslocamento» [«Metáforas del desplazamiento»], las psicoanalistas brasileñas Rosa, Carignato y Berta (2006) describen cómo los extranjeros y migrantes tienen dificultades para adecuarse en el mundo, y pueden llegar a desarrollar desarraigo o desterritorialización. Las autoras indican un momento inicial de angustia que no puede articularse como significante, causando un desamparo inicial que provoca un sentimiento de no-localización, en referencia al sentimiento de extrañeza, el *Unheimlich* freudiano. Destacan:

Este tiempo en el que el sujeto lucha por localizarse tiene efectos sobre su posición subjetiva y política, y sobre el lazo social. Entre la angustia y el deseo, se necesita hacer el duelo por lo que se ha perdido porque así el sujeto reconstituye no solo su imagen, sino su posición de deseo, que le permite situarse en el mundo. Para tener un lugar discursivo, para formar un lazo social, se necesita reconstruir la historia perdida en la memoria, reconstrucción que ya implica una deformación, permitiendo pasar de la reconstrucción a la creación. (p. 5)

Las autoras enfatizan la posición de cambio subjetivo, en la medida en que los migrantes puedan procesar el duelo por la historia, la tierra y la lengua perdidas en su país de origen. Ellas hacen hincapié en un movimiento de transmisión, volviendo al pasado para favorecer una base firme que les permita proyectarse hacia el futuro. Se remiten a Hassoum, para quien «una transmisión exitosa ofrece a quienes la reciben un espacio de libertad y una base que les permite abandonar (el pasado) para (mejor) redescubrirlo» (Hassoum, 1996, como aparece en Rosa *et al.*, 2006, p. 17). De esta forma, traducen un movimiento de vaivén entre el pasado y el presente que les permite proyectarse hacia el futuro; señalan que los sujetos pueden pasar por este proceso apegándose a una de las etapas o logrando modificarse y cambiar. Este concepto de reunión de lo viejo y lo nuevo constituye intersubjetividad.

Las autoras abordan el concepto de identidad ligado a la cultura y al lugar de nacimiento. Sin embargo, subrayan que «la territorialización no garantiza la identidad, esta se produce a través de la evocación de la palabra, la escritura y otros modos de transmisión» (p. 6).

En el presente artículo desarrollamos el proceso continuo que permite a las personas construir una identidad intercultural, para lo cual es menester un movimiento interno y constante de ir y venir entre su cultura de origen y la cultura del país de acogida. Este proceso de construcción requiere que los sujetos posean una gran flexibilidad interna que les ayude a elegir entre los elementos que quieren conservar, los que deciden abandonar y los nuevos que eligen de su vida cotidiana actual. De este modo, podemos ver un movimiento constante y una construcción activa a lo largo del tiempo, en la que la interculturalidad se forma como una colcha de retazos reunida a partir de las representaciones actuales y pasadas, pero elegidas por los sujetos que transitan por diversas culturas y espacios vitales. Hemos descrito este proceso interno de construcción subjetiva como intrapsíquico e intersubjetivo.

Nos ocuparemos ahora del concepto de exilio. El diccionario portugués *Aurélio* define *exilio* (Buarque Ferreira, 2008a) como «expulsión de la patria, destierro, deportación. Huir de la convivencia, ir a vivir a un lugar apartado o desviado». Marca así la distancia geográfica y la socialización, junto con la imposibilidad de regresar.

Maren y Marcelo Viñar trabajan el tema en su libro *Exilio y tortura* (1992) y dicen que el exilio imprime en los sujetos un sufrimiento debido a la despersonalización y al anonimato. El dolor parece residir en la separación de las raíces y el alejamiento de las representaciones familiares. El exilio rompe la habitualidad con las personas con las que suelen convivir y arroja al sujeto a la extrañeza de lo desconocido, lo que le acerca a la dimensión traumática. «El exilio se presenta como un tiempo de inercia y contemplación: plantea el desafío de qué podemos construir a partir de la pérdida, la desilusión, el desánimo y la derrota» (p. 111). Mencionan puntos de impacto: la nostalgia de la tierra perdida, organizada imaginariamente como dos mundos con dos significados no siempre compatibles; la dialéctica entre la persona y el personaje, que se rompe, quebrando el equilibrio y la armonía anteriores, que constituían el personaje público que cada uno ocupa como lugar social, lugar de intimidad y autoestima; y el mito del regreso en la experiencia subjetiva del exilio, a medio camino entre el sueño y la realidad, a partir del recuerdo del país de origen vinculado al pasado que permanece como ideal. En el proceso de elaboración del exilio, el sujeto tiene que elaborar constantemente la dialéctica entre ser extranjero y sentirse en casa, y la aceptación de las diferencias, lo que implica un trabajo interminable, que lo sitúa en un eterno lugar de extranjero en las experiencias de vida.

La experiencia del exilio es vivida como traumática en la medida en que los sujetos no tienen la opción de hacer una elección subjetiva sobre el país en el que se van a exiliar, y simplemente apelan a cualquier tierra que los acoja, en una huida desesperada de las situaciones de violencia vividas en su país de origen, ya sea por persecución política, religiosa, racial o económica. Por otro lado, en esta huida o acceso al exilio de su país de origen, los sujetos se enfrentan a la imposibilidad de regresar, y esto marca una posición subjetiva y traumática que debe ser procesada internamente. Estos son los elementos fundamentales que sitúan el exilio en el umbral de lo traumático.

Visualizamos así un proceso que en algunos aspectos coincide con la experiencia de la migración, y en otros difiere en la especificidad de la situación de exilio.

EL EXTRANJERO

El lugar de extranjero es un espacio paradójico porque nos enfrenta al otro, radicalmente distinto de nosotros, en el mundo exterior, al mismo tiempo que también nos impone la necesidad de responder a ese desconocido que llevamos dentro. Esta propuesta puede parecer contradictoria, pero favorece el descubrimiento intrapsíquico constante. Describiremos la idea de extranjero en sus diversos formatos.

El migrante/extranjero se enfrenta en su vida cotidiana al proceso migratorio, que implica conocer y reconocer los espacios del país de acogida, y puede pasar de sentirse desconocido y extraño a poder adoptar esa tierra y esa cultura como propias. Sin embargo, este proceso psíquico también se produce yendo y viniendo de la referencia interna al país de origen a las nuevas representaciones que se construyen del país de acogida. Es necesario hacer un proceso interno de duelo por la tierra perdida para crear un espacio interno que albergue las marcas descubiertas en el nuevo país. Esta experiencia migratoria implica el descubrimiento cotidiano del nuevo país, la nueva cultura, la nueva lengua y el contexto del país de migración en su conjunto. El escritor Antonio Muñoz Molina (2001) describe maravillosamente este fenómeno en la literatura:

Sólo los que nos hemos ido sabemos cómo era nuestra ciudad y cuánto ha cambiado: los que se han quedado son los que no la recuerdan, los que al verla día a día la han ido perdiendo y dejando que se desfigure, aunque crean que son los que se han mantenido leales, y nosotros, en cierta medida, los desertores. (p. 18)

El sentimiento de lealtad y deserción refleja la gran ambigüedad que produce el proceso migratorio, tanto en el que se va como en el que se queda. El sentimiento de ser un desertor lanza al migrante a una brecha casi insalvable entre el país de origen y el de acogida, trazando un trabajo interno a realizar, de ida y vuelta, como proceso de constitución de su identidad intercultural. El migrante, ante lo nuevo, lo reconoce y lo percibe desde la diferencia, mientras que la persona que pertenece a ese país puede desconocerlo en su alteridad y disparidad. Muñoz Molina, con sus

palabras, ilustra claramente cómo «mirar» –refiriéndose a la mirada de la persona que se ha quedado en su patria– no implica «ver», ya que para ver hay que agudizar la percepción para dar cabida a las diferencias y a los cambios. Tal vez esté aludiendo a que el migrante que regresa a su país es capaz de «ver» y discriminar entre cambios y transformaciones, a partir de la distancia que le da el desplazamiento.

Nos preguntamos quién puede decir que quien no ha migrado no se enfrenta cada día al mismo reto que los migrantes. Es un desafío que nos obliga a conocer y reconocer constantemente lo que cambia impasiblemente, en el devenir cotidiano y en la subjetividad de cada persona, en el contexto sociocultural y en contacto cotidiano. Los que no migran, a quienes podemos llamar locales, sostienen la fantasía de un conocimiento que les permite permanecer anclados en el mismo lugar, en su zona de confort, que parecería permanecer siempre intacta e inmutable. Esta experiencia de cambio aparentemente borrada por el lugar hace que los sujetos supriman el posible movimiento subjetivo que supone ver las transformaciones e insertarlas en la visión de su entorno cotidiano. Como lo describe el poeta, permanecen en un lugar desde el que «no ven» el territorio que habitan y olvidan la ciudad con su identidad, a pesar de vivir en ella.

En cada uno de nosotros habita otra cara del extraño: Freud aludía a él como nuestro inconsciente, que siempre ha permanecido parcialmente oculto y del que solo puede descubrirse una parte de lo reprimido. Sin embargo, también podemos referirnos al otro en el que puede convertirse cada sujeto en diversas situaciones de la vida, que lo llevan a cambiar.

Varios son los «rostros» que el extranjero puede adoptar y que nos obligan a definirlo de manera diferente, dados sus distintos significados.

El lugar del extranjero nos enfrenta con nosotros mismos, obligándonos a la reflexión y al cambio, que nunca se detiene. Heráclito –el antiguo filósofo griego– decía que el agua del río nunca se detiene y siempre sigue fluyendo, un concepto que también se aplica aquí al término *extranjero*.

El espacio del extranjero nos lleva a la noción de diferencia, alteridad y negatividad radical, que nos desafía a pensar y salir de la homogeneidad, aunque esta quietud se base en el anhelo humano de permanencia y seguridad, que nunca se consigue.

Julia Kristeva en su libro *Extranjeros para nosotros mismos* (1988/1994) subraya:

Extrañamente, el extranjero habita en nosotros: es la cara oculta de nuestra identidad, el espacio que arruina nuestra morada, el tiempo en que se precipitan la comprensión y la simpatía. Al reconocerlo en nosotros, nos ahorramos tener que odiarlo en sí mismo. Síntoma que nos hace a «nosotros» precisamente problemáticos, tal vez imposibles, el extranjero comienza cuando surge la conciencia de mi diferencia y termina cuando todos nos reconocemos extranjeros, rebeldes a los vínculos y a las comunidades. (p. 9)

La autora señala lo extranjero/otro/diferente y lo extranjero en nosotros, pero fundamentalmente menciona la repulsión que trae esta percepción, como una forma de no acercarnos a lo distinto que trae el otro porque nos obligaría a reconocerlo como *Unheimlich*, extraño, diferente en nosotros mismos. La repulsión lleva a las personas a distanciarse porque revela la dificultad que cada uno tiene para ver las diferencias e integrarlas en sí mismo.

A la vez que el lugar del extraño trae consigo la aversión y la necesidad de distanciarse de él, también despierta cierta curiosidad, ya que se abre a la alteridad del otro, a la novedad de cada situación, llevándolo a expandirse y cambiar con las experiencias. Los vínculos desafían a quienes los integran a constantes descubrimientos porque cada situación nos pone frente a nuevas posiciones, que producen cambios en las posiciones del otro y desarrollan vínculos más complejos. Cada encuentro con el otro nos enfrenta a sorpresas, ya que el otro, como desconocido, nos desafía a cada uno con la posición de extranjero/diferente. Pero también señalamos cómo los encuentros nos llevan a sorprendernos de nosotros mismos, encontrando al otro y a nosotros mismos como extranjeros. Cada individuo está siempre ajeno y con una cierta cuota de curiosidad y sorpresa frente al encuentro con el otro. Tal vez mantenerse alejado del vínculo con el otro le permita una cierta fantasía de permanencia e inmutabilidad, pero a medida que el otro se acerca, el sujeto irá modificándose. El otro es la alteridad última, que no permite al sujeto negarla o anularla porque se

presenta como un cristal opaco, incognoscible, y que precisa ser descubierto en cada situación.

Berenstein (2007) subraya que «el vínculo familiar resulta de un hacer “entre” los sujetos mediante el cual devienen sujetos otros sin por eso dejar de integrar esa familia» (p. 22). «La escucha de la estructura vincular lleva a jerarquizar en el relato los elementos intersubjetivos correspondientes al mundo vincular» (p. 45).

El autor describe una construcción del yo y del otro, siempre mediada por un proceso vincular, que trabaja en el «entre» los dos sujetos, construyendo así la intersubjetividad entre ellos. Solo en el vínculo con el otro el sujeto puede confrontar la diferencia, poniéndola a trabajar y tejiendo intersubjetividad entre los dos.

Cada subjetividad se establece en función de otra e, igualmente, a través de «los otros», que, en su pluralidad, participan del macrocontexto, de un determinado cosmos, de una determinada cultura y de un espacio transubjetivo común a otros iguales.

Estas experiencias de extranjería, de percibirse ajeno al contexto, de sentirse diferente de sus pares, son las que serán analizadas a partir de la clínica psicoanalítica y del pensamiento sobre la categoría de extranjero. Esta tarea produce un trabajo de interrogación que pulsa y lanza el pensamiento a partir de la escucha de esta experiencia. Umberto Eco destaca en su libro *Migración e intolerancia* (2019/2020) que «la comprensión mutua entre culturas diversas no significa evaluar a qué debe renunciar el otro para ser igual, sino comprender mutuamente lo que nos separa y aceptar esta diversidad» (pp. 90-91). Vemos aquí la mención de la diferencia como categoría que amplía el entendimiento entre personas de culturas diferentes, proponiendo que la clínica de la vincularidad se centre en la construcción de vínculos más ricos y complejos.

FAMILIAS CONTEMPORÁNEAS

Las familias se constituyen como un encuentro vincular peculiar, marcado e indicado por las normas colectivas de cada sociedad y cultura, que imprimen una dirección que indica cómo ser familia dentro de ese contexto y época particulares. Definimos la familia contemporánea como una red de

individuos que se vinculan y nombran, respectivamente, para estructurar este núcleo. Hoy en día, la familia abandona los patrones sanguíneos que distinguían a tales grupos en épocas anteriores para componerse como una red de elecciones entre sujetos. Podemos decir que, en la época contemporánea, en vista de sus múltiples constituciones, ya no nos referimos a la familia en singular, sino a las familias. De hecho, la diversidad de cómo construir una familia ha pasado a formar parte del amplio abanico de elecciones posibles que hacen los individuos para sentir su presencia y pertenencia en este contexto.

La familia tradicional anteriormente se componía básicamente por una línea generacional que pasaba su legado de padres a hijos, a modo de una cadena hereditaria que se transmitía, consciente e inconscientemente, de generación en generación. La constitución familiar se centraba en la herencia a través de la sangre, o sea, en el vínculo de consanguinidad. Los padres aportaban sus huellas subjetivas, que los orientaban hacia la construcción de la paternidad, al mismo tiempo que tenían que elegir cómo erigirse como sujetos: de hecho, era un producto inédito de la relación de los padres con sus deseos y fantasías individuales y vinculares. Las huellas inconscientes de generaciones anteriores formaban parte de esta maraña, que también se sumaba a una nueva construcción en el vínculo de pareja, que se transformaría cuando se posicionaran como padres. Los hijos, a su vez, construyen su vínculo filial a partir del vínculo con sus padres, que fue cambiando con el tiempo, participando de las transformaciones que vivirían y trazarían juntos.

Toda familia parte de un mito simbólico, de una fantasía inicial, que la hace inventarse como parte de ese núcleo familiar particular e inaugura un particular sentido de pertenencia. El «nosotros» que la constituye se construye a partir de las certezas que la pertenencia otorga al vínculo familiar a lo largo de su historia.

La paternidad se estructura en el mismo acto que la filiación. Este vínculo se basa en una doble direccionalidad, ya que cada posición alimenta a la otra, recíprocamente. La paternidad se basa en una asimetría inicial respecto a la filiación, necesaria y constitutiva para el sujeto que nace como indefenso originario.

Kaës (2007/2017) subraya:

La filiación es un doble movimiento de reconocimiento: para los padres, del lugar del hijo en el *continuum* narcisista en el que son un momento del trayecto: para el hijo, de su propia posición en el orden de las generaciones, de la precesión del deseo de existencia de los padres. La filiación es el acceso del sujeto singular al grupo familiar por el nombre que recibe en él a partir del sueño parental y de la designación del padre; es, al mismo tiempo, su cualificación como ser singular sexuado y mortal en un conjunto generacional. (p. 257)

Esto forma un vínculo que se reescribe continuamente, que requiere una gran flexibilidad para recrearse en diferentes etapas de la vida y que se construye por diversas manos en diferentes momentos familiares. Esta constitución cambia en gran medida cuando se trata de familias migrantes. Veamos los cambios que experimentan estas familias.

FAMILIAS MIGRANTES

Frente a la migración, la vida cotidiana se vuelve extraña. La pérdida de lo cotidiano desorganiza y crea incertidumbre, y esto es a lo que tendrán que enfrentarse los migrantes. La migración implica la pérdida y el abandono de lo familiar, las personas, los espacios vitales, la geografía y la lengua, pero al mismo tiempo ofrece la oportunidad de crear una nueva subjetividad en forma de interculturalidad. El migrante crea lo que he llamado una identidad intercultural, que es una forma peculiar de estar en el mundo. Como si se tratara de una colcha de retazos, el migrante hace varias elecciones de ciertos aspectos de la cultura y los introyecta, estableciendo su propia interculturalidad como un crisol de aspectos culturales que toma para sí. Así constituye internamente la identidad intercultural en la que confluyen aspectos intrapsíquicos, intersubjetivos y transubjetivos.

Parto de la siguiente hipótesis: las familias de migrantes experimentan una cierta inversión de papeles en su seno, en relación con la sabiduría y el conocimiento que circulan en su interior. Me refiero a las funciones parentales y filiales que operan en el seno de cada familia.

En las familias, en general, en cuanto al orden generacional y jerárquico, los padres son los portadores de la experiencia vital y de los aprendiza-

jes que transmiten a sus hijos como una herencia que pasa de generación en generación. Sin embargo, ante la migración y el abandono del contexto sociocultural conocido, los padres pierden esta referencia, mientras que los hijos son los que, debido al desarrollo de su personalidad y plasticidad interna, son capaces de asumir el nuevo contexto y transitar por él con mayor facilidad. También son los niños los que se integran en la cultura local, participando en actividades escolares y perteneciendo a espacios de la nueva tierra, lo que les permite captar los nuevos códigos de la lengua, los gestos y las tradiciones culturales del país de acogida. Así se invierte el orden preexistente, y los niños se convierten en los que introducen la nueva cultura en la familia migrante.

Los hijos de las familias migrantes asumen así la posición de indicar lo necesario para adecuarse a la cultura del país al que migran. Y teniendo en cuenta el papel filial, se cuestiona el espacio parental como lugar de guía y orientación, tradicionalmente atribuido a la función parental.

Observamos cómo, en las familias migrantes, los lugares tradicionales parecen estar invertidos, ya que el lugar filial es el que orienta e indica, situación que lleva a que el espacio parental quede inhabilitado como orientador de lo que es correcto y lo que está equivocado, debido a la falta de comprensión y conocimiento de lo que ocurre en la nueva cultura.

MALDECIR EN UN IDIOMA EXTRANJERO

En los vínculos entre padres e hijos en las familias migrantes hay una peculiaridad cuando los hijos descubren la posibilidad de decir *palabrotas* en el idioma extranjero. Muchos son los cambios que se producen en las familias migrantes; es muy significativo el hecho de que los hijos sean los primeros en aprender las *palabrotas* que se pueden decir en la lengua extranjera. Esto les genera alegría y una sensación de dominio que los coloca en una posición de desafío respecto al poder de sus padres. Quizá estemos ante una inversión del poder entre generaciones, que asigna ahora el conocimiento y el dominio de la situación a la generación de los hijos, dejando a la generación anterior sin normas que la guíen.

Esta situación proporciona una forma de eludir y así burlar el yo de los padres, y abandonar a los padres a someterse al desafío de las nuevas

generaciones, que realmente entienden lo que dicen. Así, los hijos ocupan el lugar de quienes conocen y manejan la cultura y la lengua del país de migración, dejando a los padres en desventaja en estos aspectos.

Ana, paraguaya que vive en Brasil, en un momento de enojo dice frente a su hija la palabra *caralho* (en portugués), que significa «carajo» (en español), como forma de mostrar su enfado. En ese momento, su hija de diez años le explica: «¡Mamá, esa palabra es una *palabrota* en portugués!». Su madre menciona que en español esta palabra recuerda a un pájaro feo, y que en Paraguay se conocía generalmente como «carancho», como una forma suave de maldecir. Vemos aquí el malentendido cultural que puede llevar a decir lo que no se conoce, con un significado diferente del que se entiende en otro idioma. Tal vez, ante el desconocimiento de la lengua, se hacen aproximaciones lingüísticas, intentando interpretar para entender lo que no se puede traducir literalmente, incluso en el caso de lenguas de base latina.

Esta inversión en la dirección del conocimiento dentro de la familia genera malestar y exige ajustes en la estructura y dinámica familiares, en sus pautas y en su funcionamiento. Hay situaciones familiares en las que, cuando los padres se dan cuenta que han perdido la autoridad que el entorno social les otorgaba para indicar lo que está permitido y lo que está prohibido para la siguiente generación, se sienten desprotegidos. Esto puede llevar a que se creen situaciones de violencia cuando los padres intentan someter a sus hijos a los formatos culturales que traen de su país de origen, pero en el país de migración estos patrones no se ajustan a dicho contexto social.

Gema, una joven migrante angolana de trece años que va a la escuela en Brasil, le pide a su madre que le compre unos shorts para ir a clase. Su madre se asombra de este pedido porque son musulmanes y a las mujeres no se les permite mostrar el cuerpo, por lo que no entiende cómo su hija puede pedirle para usar shorts. Según la madre, la ropa que lleva su hija debe corresponder a la cultura africana y ser correcta, de acuerdo a los patrones de Angola, para ir a la escuela. Sin embargo, Gema se da cuenta de que esa ropa corresponde a otra cultura y que no la hace sentirse a gusto con sus compañeros en Brasil.

Las generaciones dentro de la familia parecen enfrentarse entre sí, del mismo modo que lo hacen las culturas: por un lado, la cultura del país

de origen, y por otro, la nueva cultura del país de acogida. Sin duda es este un problema difícil de resolver en el seno del núcleo familiar. ¿Cómo lidiar con la migración y dar cabida a la nueva cultura cuando choca con la cultura del país de origen? ¿Cómo establecer una posición intermedia que deje espacio para ambas culturas dentro de la familia?

La organización familiar sufre una crisis en el proceso migratorio. Por un lado, los padres han perdido el poder y la orientación familiar, y por otro los hijos tienen poder cultural en el país de migración, ocupando el lugar de los que son conocedores. Se produce así una situación de clara inversión de la dirección de orientación y conducción entre las generaciones, lo que modifica las jerarquías dentro de la familia. Si la dirección esperada en las familias suele ser de la endogamia a la exogamia y de la naturaleza a la cultura, esta dirección suele estar guiada y dirigida por las figuras parentales. Pero frente a la migración, la naturaleza y la endogamia –que marcan el punto de partida–, y la cultura y la exogamia, –punto de llegada– se ubican como polos invertidos, confusos o desconocidos para las familias migrantes.

Los padres ya no son los que saben cómo guiar a sus hijos en la nueva cultura frente a la migración. En esta situación, son los hijos los que conocen los secretos de la cultura del país de recepción y necesitan guiar a sus padres para que puedan posicionarse al respecto. Esto genera grandes modificaciones en la organización y estructura familiar.

El conocimiento, que siempre se situaba jerárquicamente en la generación anterior, parece invertirse en las situaciones de migración. Ahora son los hijos los que conocen la cultura del país extranjero y la presentan a sus padres, quienes, a su vez, parecen estar fuertemente apegados a su cultura de origen y necesitan dejarse guiar por sus hijos para realizar este tránsito subjetivo.

Esta situación presenta un gran desafío, ya que el conflicto puede habilitar la posibilidad de crear novedad, enriquecer la subjetividad de quienes transitan este viaje y utilizar la creatividad para ampliar los vínculos entre los sujetos. Estas familias se ayudan mutuamente a atravesar este viaje. Los padres perciben que el saber cultural está en sus hijos y están dispuestos a salir de su lugar de poder para aprender de las nuevas generaciones, lo que para ellos es mucho más fácil de comprender. Sin embargo, esta

experiencia implica que los sujetos en posición parental sean capaces de pasar por el no saber para poder asumir la posición del que necesita que le enseñen para aprender. Esta inversión en la dirección del poder provoca un cambio importante en la estructura familiar.

Algunas familias no consiguen andar por ese camino de apertura y conocimiento del país que los recibe, ni aceptar esta inversión de jerarquías entre generaciones, y permanecen cerradas con un foco en la cultura del país de origen sin insertarse en el nuevo país. Son migrantes que no aprenden el idioma del país que los recibe, continúan hablando entre sí en la lengua materna, solo se relacionan con sus correligionarios, circulan por ambientes con personas de su misma nacionalidad, crean barrios donde solo hablan su idioma, hasta concurren a clubes solo reservados a ellos y crean escuelas e iglesias solo para quien nació en aquel país del que provienen. Se trata de migrantes y familias que permanecen con un constante conflicto no resuelto entre el país de origen y el país de recepción. No logran elaborar dicho conflicto, pues sienten que estarían traicionando a su cultura de origen si adoptaran usos y costumbres del país nuevo. Se enfrenten a un duelo nunca elaborado y que siempre persiste como una dicotomía sin solución.

Tradicionalmente, en familias que permanecen viviendo donde nacieron, el cambio familiar suele producirse cuando los hijos son jóvenes, adultos. Sin embargo, ante la migración, este cambio se anticipa porque la migración enfrenta a las personas a pérdidas que deben ser experimentadas y afrontadas subjetivamente antes de la adultez. Toda migración conlleva cambios intrapsíquicos en los sujetos y en sus vínculos familiares, en su estructuración intersubjetiva.

Los cambios son bienvenidos cuando pueden aprovecharse para enriquecer los aspectos subjetivos y vinculares de las familias migrantes, pero eso no siempre es así.

Para terminar, me gustaría citar un fragmento del libro *Creer en las fieras*, escrito por Nastassja Martin (2019/2021):

Llevo años escribiendo sobre los confines, al margen, en los límites, en la zona fronteriza, en el espacio entre dos mundos; sobre ese lugar tan especial donde es posible encontrar otro poder, donde uno asume el riesgo de alterarse, de donde es difícil volver. (p. 90) ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Berenstein, I. (2007). *Del ser al hacer: Curso sobre vincularidad*. Paidós.
- Buarque Ferreira, A. (2008a). Exílio. En A. Buarque Ferreira, *Dicionário Aurélio da Língua Portuguesa*. Positivo.
- Buarque Ferreira, A. (2008b). Migração. En A. Buarque Ferreira, *Dicionário Aurélio da Língua Portuguesa*. Positivo.
- Eco, U. (2020). *Migração e intolerância*. Record. (Trabajo original publicado en 2019).
- Kaës, R. (2017). *O complexo fraterno*. Ideias & Letras. (Trabajo original publicado en 2008).
- Kristeva, J. (1994). *Estrangeiros para nós mesmos*. Rocco. (Trabajo original publicado en 1988).
- Martin, N. (2021). *Escute as feras*. Editora 34. (Trabajo original publicado en 2019).
- Moreira Leite, D. (1954). *O caráter nacional brasileiro: História de uma ideologia*. Pioneira.
- Muñoz Molina, A. (2001). *Sefarad*. Alfaguara.
- Rosa, M., Carignato, T. y Berta, S. (2006). Metáforas do deslocamento: Imigrantes, migrantes e refugiados e a condição errante do desejo. En A. Costa y D. Rinaldi, (org.), *Escrita e psicanálise*. Companhia de Freud.
- Santos, M. (2007). *O espaço do cidadão*. Universidade de São Paulo.
- Seidmann, S. (1990). *Migración y cambio: La búsqueda de la identidad*. Oficina de publicaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- Viñar, M. y Viñar, M. (1992). *Exílio e tortura*. Escuta.